

El más diligente

Nelson José Álvarez De León



Capítulo 1

No terminó de apagar la CPU de su computador cuando el irregular sonido de las gotas de lluvia le indicaron que quizá lo mejor era esperar a que escampara. Pronto la irregularidad de las gotas se convirtió en la sinfonía del aguacero.

Creo que me quedaré un par de horas más trabajando – se dijo así mismo el hombre más dispuesto de la oficina.

Ya todos se habían ido por lo menos unas tres horas antes del aguacero, el casi siempre era el último en salir, tanto así que le habían confiado las llaves de la empresa por ser un ejemplo para sus compañeros. Aunque muchas veces ignoró que se quedaba solo por mucho tiempo bien entrada la noche, menos esa vez. Es por eso que la débil, parpadeante y anaranjada luz de una vela lo hizo parar su robótico ritmo de digitar en el teclado. La única luz encendida era la de la oficina en donde estaba su cubículo y el de sus compañeros.

Uy, cómo que alguien más está adelantando sus pendientes – dijo con un entusiasmo salpicado con pequeños indicios de nerviosismo.

Su sonrisa se convirtió en un entrecejo fruncido que vino acompañado de una respiración profunda cuando notó que nadie le contestó. Nunca antes nada había logrado que apagara el computador y empacara sus cosas tan rápido, ya tenía la llave en la puerta de salida cuando sintió que aquella refulgencia había aumentado coloreando de naranja toda la planta baja de la empresa envuelta en sombras. La ansiedad lo atacó, sus manos temblaban, su frente sudaba, una parte de él sabía que algo estaba mal, pero una voz le decía que ya no volvería a ser el más diligente de todos si se enteraban que se fue dejando una vela encendida. Aquel fulgor venía de la última oficina al final del pasillo, la de una de las dueñas, él se fue a paso veloz y alumbrando todo con la linterna de su celular pensando en soplar esa vela e irse con el mismo paso con el que se acercaba a esa oficina.

¿Señora Estíbaliz? – llamó él pasando saliva y antes de asomarse a la puerta.

No había nadie en la oficina, únicamente dos velas encendidas una en medio del escritorio y otra en la punta del candelabro que la señora Estíbaliz allí tenía. Un escalofrío que empezó en todo el centro de su espalda y se fue expandiendo hasta empaparla toda lo obligó a apagar la vela del candelabro sin acercarse demasiado, cuando se giró para apagar la del escritorio algo llamó su atención, un cuadro, de un restaurante, con sus meseros, con sus comensales, pintado en unos tonos rosados, naranjas y rojos suaves, siempre sus compañeros mamaron gallo diciendo que en ese cuadro había personajes que se parecían a todos ellos incluso a los dueños, pero no había uno que se pareciera a él, pero justo en ese momento logró encontrar un parecido con una de los personajes del cuadro, ahí en la mesa central, en la más larga en el puesto de la cabecera, lustrándole las botas a la señora Estíbaliz y a su esposo (también dueño de la empresa), estaba él con ropa desgastada y un poco sucia. Las demás velas del candelabro junto la que acababa de apagar se encendieron una detrás de otra, la del escritorio empezó a arder con más intensidad y se encendieron muchas más velas que no había visto cuando entró, en la ventana, en el suelo, a cada extremo del cuadro.

¿Camilo? – escuchó a sus espaldas.

De repente como si una vela se hubiese encendido dentro de su cabeza recordó que esa noche, sin razón alguna le cancelo a los pocos amigos que quedaban una salida a tomarse unas cervezas, que no salió con su madre y su hermano del país porque, “su trabajo era mucho más importante en ese momento”, que su ultima pareja lo dejó porque jamás tenía tiempo para ella, que prefería un sueldo por debajo del mínimo a la prometedora carrera como locutor que abandonó, que le decían que era un inútil, un vago, para después aplaudir que era el más comprometido de todos, que sus últimos amigos insistían a llevarlo a terapia. Su celular resbalo de su mano y la linterna se apagó y con una respiración agitada finalmente Camilo recordó que todo había dejado de lado, que a todos alejó, todo abandonó, su último mensaje a sus amigos fue que no lo fueran a molestar, ellos ya se habían rendido, nadie lo iba a extrañar.

Siempre el más diligente – volvió a escuchar Camilo mientras intentaba respirar, intentaba mover sus dedos que parecían petrificados y sus ojos

le ardían.

Capítulo 2

A Nicol le extrañó no ver a Camilo a penas llegó, en el poco tiempo que llevaba en la empresa siempre estaba allí, hasta parecía que se quedaba a dormir en la oficina.

Camilo les manda muchas saludes, renunció el viernes pasado, volvió a perseguir su carrera como locutor - musitaron entre la señora Estíbaliz y su esposo Adalberto.

Sus otros compañeros en primera instancia ni se inmutaron, menos José cuyo puesto estaba frente a ella, se la quedó viendo como si quisiera decirle algo. Muchas cosas le habían parecido muy raras en ese sitio, pero esa fue una de las principales. Ella les replicó a sus compañeros, que Camilo se la pasaba hablando de lo maravilloso que era ese trabajo. Mientras que al resto parecía que la noticia les fue totalmente irrelevante incluso hubo un par de voces que sugirieron que Camilo ya se lo venía buscando. Sin embargo, lejos de detenerse Nicol siguió insistiendo en la anómalo de la situación, pero fue como tratar de convencer a una pared.

Me acompaña a la tienda un momento – interrumpió José
Igual aquí me están ignorando – respondió Nicol mientras se levantó de un brinco de su puesto de trabajo.

Antes de qué Nicol que no se podía sacar esa sorpresiva renuncia de la cabeza quebrara el silencio, José le dijo de forma seca y directa, “sí, es raro que él se haya ido”. José que no hablaba mucho dentro de la empresa, habló hasta que completaron cinco vueltas a la cuadra. Antes de empezar su monologo le preguntó a Nicol, “¿Qué te retiene aquí?”, ella respondió que buscaba acumular experiencia. Él rezongó, acarició con la punta de sus dedos los pequeños pelos de su sombra de barba y procedió a contarle:

“Un día se tuvo que ir a urgencias, me refiero a Camilo por supuesto. Al borde del cierre de la jornada en la tarde noche, ya cuando todos nos

íbamos a casa regresó, iba a trabajar, a adelantar cosas según él. Pero Adalberto lo trató de vago, de pernicioso, es más le exclamó que tiene suerte de que no lo eche. Eso le afectó de sobre manera, lo acompañé a su casa lo vi llorar hasta que su expresión de felicidad contaste se deforme a las muecas del llanto. Pero al día siguiente que llegó como de costumbre antes que todos, después de que le dieran desayuno el mismo Adalberto y Estíbaliz y felicitarlo por llegar a esa hora y por supuesto, recordarle que era el más diligente, llegó me picó el ojo y me dijo con la típica sonrisa acartonada de vendedor de tienda y un par de lagrimas que se escurrieron de sus ojos hasta su barbilla, "ves, aún me quieren". Es raro, el lo sabía que este lugar no le convenía, que vivía alcanzado, siempre pidiéndole plazo para pagar al dueño de la pieza que arrendaba, solo cuando estábamos fuera despertaba, sin embargo, me da la impresión que llegó un momento en el que todo el tiempo actuaba como cuando estaba dentro de la oficina. Ese viernes que supuestamente renunció, se quedó hasta tarde, le escribí para saber si había llegado a su casa, pero no respondió solo un mensaje poco antes de que ellos nos contaran que renunció diciendo que decidió ir a ser locutor en el país en que estaba su hermano y su madre. Luego ya no tenía foto de perfil y ni siquiera le llegaban los mensajes, como si me hubiese bloqueado"

Nicol se lo quedó mirando y antes de que empezara su rueda de prensa de preguntas él le dijo que era mejor que se fuera antes de que la hicieran firmar el contrato. La propia Nicol dudó unos segundos, pero a pesar de que pagaban mal, sin previo aviso la hacían quedar hasta tarde y cada vez le ponían encima más responsabilidades, ella seguía pensando que, "estaba bien para empezar". Y es que en su relato no había nada fuera de lo cotidiano, Camilo lo pudo haber bloqueado, pudo haber decidido no querer saber nada del trabajo al que tanto había entregado.

Una vez volvieron a poner un pie dentro de la oficina José volvió a ser distante, indiferente como si quisiera ser invisible. Ella por su parte tenía todos los reflectores encima, su coordinadora le puso más actividades que de costumbre, cada uno de sus compañeros le pidió un favor y encima la señora Estíbaliz la llamó a su oficina, solo a ella. Antes de levantarse para dirigirse allí sintió el zumbido de su celular, un mensaje de José que decía, "mira el cuadro", ella lo miró, pero el refugió sus ojos y todo su rostro en la pantalla de su computador. La señora Estíbaliz de expresiones faciales similares a los de la monalisa, le dedicó una sonrisa lo más cordial que pudo proyectar y la miró tan profundamente que parecía que quería escarbar en su mente.

Con la pesadumbrosa salida de Camilo me gustaría saber que cuento con alguien tan dispuesto como él, creo que tu puedes ser la más diligente – dijo sin rodeos y sin siquiera parpadear a Nicol.

Esta ultima que intentaba ver el cuadro en la oficina de su jefa por el rabillo del ojo, quedó de piedra y se perdió en esos ojos más oscuros que un cielo de tormenta. Nicol tragó un poco de saliva, siempre le habían pedido que fuera la “sapa”, la “lambona” y con el mismo orgullo y la misma altivez que tenía dentro respondía con un categórico “no”, pero esta vez no salían palabras de su boca. La señora sin quitarle los ojos de encima encendió unas velas que tenía en su escritorio a la par que vaciaba unos platos llenos de ceniza de incienso.

No tienes que responder ahora, pero ten en cuenta que mi esposo y yo vimos cosas positivas en ti – dijo ella forzando de nuevo una sonrisa que casi nunca adorna su rostro.

Nicol volteó a mirar al cuadro, la paleta de color del rojo predominaba, era un restaurante con sus mesas, en la principal, en la del centro estaba un hombre corpulento, no muy alto, con una piel tan blanca como su cabello, una mujer alta, con la frente en alto y una expresión sobria, hasta elegante, nariz fileña y piel trigueña. El parecido con sus jefes era increíble, lo mismo con sus compañeros muchas de las personas retratadas allí se parecían demasiado a cada uno de ellos, un niño, de ojos café claros, cabello rizado y piel morena era igual a José, este quedó retratado mirando directamente a quién hacía la pintura, un detalle interesante es que este mismo señalaba hacia el centro de esta escena en donde estaban las personas que se parecían a sus jefes, en su misma mesa, su coordinadora con su nariz romana, delgado y fino rostro sentada en la misma mesa de ellos retratada de perfil, Luna la más bullosa de sus compañeros se parecía a una de las meseras que les estaba sirviendo una copa de champaña, Paula por su parte, otra compañera con la que Nicol no se llevaba muy bien también tenía un símil en la pintura, en una mesa al lado izquierdo de la principal maquillándose, mirándose al espejo y mirando a la mesa central de reojo, pero ya no estaba el que se parecía a Camilo, estaba la caja de embolador y el trapo, pero la persona ya no estaba allí.

Yo mandé a hacerlo, bonito, ¿no? – repuso Estíbaliz esta vez con la sonrisa más sincera que jamás se imaginó ver en ella Nicol

Su jefa se ríó para sus adentros la tocó del hombro y tocó el cuadro a una mesera, morena, con gafas grandes, cuadradas y un cabello castaño claro, cercano al café, una que se parecía a Nicol.

Piénsalo y nos cuentas – le dijo Estíbaliz mientras la acompaña afuera de su oficina.

Los ojos de Estíbaliz seguían en la mente de Nicol, es como si la estuviera mirando fijamente en la nuca sentía como si le enterraran lentamente una aguja.

Y ¿a qué hora te vas hoy? – le preguntó Luna con su voz aguda y rasposa a la coordinadora.

Ella respondió con un escueto, “no sé”

Quedemonos hasta que salgan los del otro departamento para ir a tomar unas cervezas – insistió ella en un tono que se le podía escuchar hasta la esquina

Ay no, pero vamos solo nosotras los del otro departamento se demoran demasiado en salir – interrumpió Paula.

La coordinadora sin quitar los ojos de la pantalla de su computador y sentenció el tema diciendo, “me tengo que quedar hasta que ustedes se vayan, pero no saldré con ustedes”

A las 5 en punto José ya tenía su computador apagado y su maleta en mano, Nicol le pidió que la esperara. Cuando ya había apagado su computador se sintió un cosquilleo helado entre su nuca y cuello, vio que José estaba mirando hacia su espalda, estaban sus tres compañeras, la coordinadora, Luna y Paula mirándola fijamente sin parpadear, como un

gato a su presa, como un francotirador a su objetivo.

Don Adalberto, buenas tardes – dijeron ella tres en coro.
¿Ya se van? Iba a comprar unos pancitos para quedarnos un rato más –
dijo el corpulento hombre tapando con su cuerpo por completo la única
entrada y salida de la oficina a Nicol y a José.
Sí – respondió a secas José mientras avanzó hacia la puerta.

Nicol siguió de forma tímida y timorata la marcha de José. Una vez le dio
la espalda Adalberto le frunció el seño a José y le susurró al oído a Nicol,
“no se deje contaminar de ese vago”. Paso seguido Adalberto y José se
miraron con un desprecio profundo por el rabillo del ojo mientras pasaba
por la puerta de salida Nicol se fue con la frente gacha y con el cuerpo
encogido como si estuviese haciendo algo malo. Postura que cambió
radicalmente una vez que pasó el umbral de la puerta, su frente ya no
apuntaba hacia el suelo y su espalda volvió a estar recta y sintió un
cansancio que jamás había sentido ni en el más duro de los días de
gimnasio. José con las manos en los bolsillos simplemente le dijo ante la
cara de disgusto de Nicol, “entre más dures aquí, más vas a cambiar allá
adentro, incluso cambiaras aquí afuera”. Nicol lo miró con un alto grado
de incredulidad. El tratando de alejarse lo más que pudo de la entrada de
su trabajo la llamó con la cabeza y le insistió que entre menos estuvieran
allí era mejor. José y Nicol ya estaban en sus casas, Paula a penas iba de
salida y la coordinadora tuvo que quedarse algunas horas más porque
lunes no tenía la más mínima intención de irse. Incluso la coordinadora
que se iba tarde ya estaba bostezando y su hipnótico ritmo de trabajo
frente al computador por fin fue interrumpida y volvió a insistirle a Luna
que si ya casi acababa. Ella le dijo que le dejara las llaves de la oficina
porque se iba a demorar. La coordinadora quería responderle que o se
iban o la dejaba encerrada allí, pero un bostezo se cruzó en lo que
realmente quería soltar de su boca y un par de risas burlas se escucharon
acercándose.

¿Ya con sueñito tan temprano? – dijo Estibaliz de una forma parsimoniosa
envuelta en un tono de burla.

La coordinadora solo le devolvió una sonrisa de relaciones publicas.

Si quieres ya vete a casa nosotros comeremos algo con Lunita y ya cerramos todos no te preocupes, nuestra futura empresaria – complementó Estibaliz mientras la miraba con su ya típica sonrisa de monalisa.

La coordinadora puso una cara de confusión mientras que Luna sacó una genuina sonrisa de oreja a oreja por pensar en el pan y el chocolate que siempre le ofrecían los jefes de la empresa cuando se quedaba hasta rosar la madrugada (lo cual era muy seguido). La coordinadora se colgó su bolso y con el entrecejo fruncido trataba de encontrar algún sentido a las palabras de Estibaliz. Tenía esa sensación de que algo se le había olvidado y por mucho que le daba vueltas no lograba recordar. Se despidió de los que quedaban en la oficina después de asentir con la cabeza luego de que Adalberto le dijera, “nos vemos mañana temprano mijita”, tratando de decirle que no llegue más tarde simplemente porque se quedó unas pocas horas demás. A penas escuchó el golpe de la puerta cerrándose a sus espaldas un cosquilleo atracó su cabeza, abrió sus ojos a todo lo que podía y frente a ella llegaron imágenes de cuando vendía bolsos y carteras, hasta tenía planes para confeccionarlos ella misma antes de que llegara a trabajar allí, de hecho, su bolso de franjas azules y blancas con un broche dorado en medio era uno de los que vendía, lo llevaba todos los días encima, en frente de ella en el escritorio y aun así no podía recordar del todo bien que ella se metió a ese trabajo únicamente para financiar su emprendimiento. Ella sacudió su cabeza y volvió a mirar hacia atrás algo confundida y detrás de ella estaba Adalberto con la puerta de la oficina a medio abrir con su panza a duras penas dejándolo inclinarse.

Ammm, mijita – dijo con su rasposa voz – tome para que pueda coger un carro – completó pasándole un billete con la mano (que no alcanzaba a cubrir lo que costaba una carrera hasta su casa)
Muchas gracias señor Adalberto – respondió ella todavía con una expresión de confusión.

Tomó el billete con su mano lo acarició con su pulgar y se preguntó así misma, “¿En qué estaba pensando?”. Luego vio sus manos arrugadas como una pasa, como si hubiese estado mucho tiempo debajo del agua y a su vez sentía pequeños corrientazos en sus dedos.

“Tengo los mejores jefes del mundo”, gritó Luna mientras se comía un pan del día anterior y un chocolate tibio. Cuando iba de la cafetería a su

puesto de trabajo por una rendija de la puerta no del todo cerrada de la oficina de la señora Estibaliz vio un brillo lila resplandeciente. Asomó su chismoso por aquella rendija acercándose todo lo que pudo. Venía de ese mismo cuadro que vieron Camilo y Nicol, que toda la oficina conocía, específicamente estaba brillando la silueta de la persona que se parecía a la coordinadora, el brillo se dispersó a la mujer de la pintura el cabello se le veía más claro, la piel más blanca, los ojos más achinados y claros, la nariz más romana que nunca, se parecía muchísimo más a la coordinadora.

¿Qué vamos a hacer con estos muchachos amor? – preguntó Estibaliz con preocupación impostada

Casi todos comprometidos, tenemos un buen grupo. Nuestra bella coordinadora, una muchacha muy centrada no se distrae con esas tonterías de salir temprano, hay cosas más importantes que ser psicorrígidos con esas cosas.

Los dos empezaron a intercambiar carcajadas. Luego empezaron a hablar de todos y cada uno de los miembros del equipo de trabajo, burlándose de ellos, de las ganas de muchos de salir de ahí, de progresar, de estudiar o simplemente vivir sus vidas y se alimentaban con ellas. De solo mencionar lo más 'rico' de cada uno los viejos y arrugados dedos de Adalberto se empezaron a descascarar para dejarse ver unos dedos finos y morados con unas uñas gruesas largas y encorvadas, también se saboreo los labios con su lengua que era larga, fina y muy delgada como la de un oso hormiguero mientras que a Estibaliz sus ojos se inyectaron en sangre su cabello bien cuidado y elegante se veía sucio y grasoso, su cara se llenó de accesos llenos de pus, sus dientes empezaron a pudrirse, un diente era oscuro y otro amarillo, con unos cuantos con huecos en medio y sus zapatos se resbalaron, tenía casquillos en lugar de pies, mejor dicho tenía patas de cabra. Luna quería salir corriendo y gritar como de costumbre, pero se quedó paralizada, hasta llegó a pensar que todo era un sueño, trago saliva y se quedó lo suficiente para escuchar de la boca de Estibaliz:

Por mucho que quieran no se van a ir amor, jugaremos con ellos hasta que nos aburramos o ya no les quede jugo que exprimir como a Camilo.

Adalberto la agarró del rostro y empezaron a darse besos de lengua, ella sin dejar de besar a Adalberto tocó el cuadro y cada uno de los personajes

empezaron a desprender el mismo fulgor lila de hace un rato.

Luna desde donde estaba sintió una migraña tan fuerte como el apego que le tenía a ese lugar, no obstante, así como llegó se fue, pero llegaron a un mechón de su cabello cinco canas de las que ella nunca se había fijado. La mueca de horror que Luna tenía en su rostro poco a poco se fue desarmando y a pesar de lo que acababa de ver y escuchar sus cachetes empezaron a temblar y una sonrisa de oreja a oreja se dibujo en su cara acompañada de la frase que pensó en voz alta:

Ya todos se van a tener que quedar conmigo.